

La biblioteca de agua

VOCES / LITERATURA

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Clara Obligado, *La biblioteca de agua*
Primera edición: abril de 2019

ISBN: 978-84-8393-257-5
Depósito legal: M-3401-2019
IBIC: FYB

© Clara Obligado, 2019
© De las ilustraciones: Alejandro Fernández Banegas y Julieta González Obligado, 2019
© Del diseño de cubierta: Julieta & Grekoff, 2019
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2019

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: +34 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

Impresión: Cofás

Impreso en España - Printed in Spain

Clara Obligado

La biblioteca de agua



ÍNDICE

La imaginación	15
(Agua embotellada)	
Historias del arte	35
(Lluvia)	
El balcón	37
(Riego)	
Lo que no se recuerda	43
(El hielo)	
Seguridad Social	65
(Pis)	
Los zapatos rojos	69
(El mar)	
23 F	75
(La gota)	
Construcción en abismo	81
(La gotera)	
Lobos	97
(La cascada)	
El socavón	103
(El Canal)	
Lo último que los ojos ven	105
(El río)	
Antípodas	117
(Tormenta)	
Romanticismo	125
(Las lágrimas)	
La biblioteca de agua	145
(El fuego)	

LA BIBLIOTECA DE AGUA

La mano	151
(El pozo)	
Fui sobre agua edificada	163
(Los viajes de agua)	
El milagro	171
(El humedal)	
Génesis	175
(El océano de lava)	
Agradecimientos	177

A mi hermano Pablo, a nuestros paseos por Madrid

... cuando llueve, o cuando nos duchamos, cada gota que cae sobre nuestra cabeza ha regado las primeras formas de vida y tiene miles de millones de años de antigüedad. Sólida, líquida o gaseosa, el agua se mantiene constante desde el comienzo de los tiempos. Al menos desde el Jurásico, cuando un meteorito pudo expulsar al espacio una fracción importante del agua primitiva que albergaba nuestro hermoso planeta azul.

En charla con José Miguel VIÑAS

Al poco de llegar a Madrid, me fui a vivir a un piso en la calle de Lope de Vega, 2, en el Barrio de las Letras. No conocía a nadie y con algunos vecinos conformamos una curiosa familia que me ayudó a mitigar la soledad y comprender mi nuevo mundo. Ellos transitan estas historias, modificados por las exigencias de la ficción, y este es mi homenaje. Allí escuché sus relatos, allí nacieron mis hijas, allí me convertí en escritora y viví durante dieciséis años. En esa casa aprendí a pensar las ciudades, lo grande desde lo pequeño, lo lejano desde lo próximo, la inmensidad de la historia desde alguien que mira por una ventana.

Este libro es parte de un experimento narrativo que comenzó con El libro de los viajes equivocados y continuó con La muerte juega a los dados. En ellos investigaba una suerte de escritura híbrida o mestiza, situada entre el cuento y la novela, que expresara el mundo roto que quería representar. Este volumen cierra el proyecto y suma la peculiaridad de ser un palíndromo, es decir, puede ser leído en dos direcciones, del primer cuento al último, o del último al primero, produciendo no una variación en la historia, sino más bien ciertas perplejidades literarias.



LA IMAGINACIÓN (AGUA EMBOTELLADA)

LIZ SE SUBIÓ A UNA SILLA, metió la mano en el estante más alto del armario e intentó bajar la maleta que su marido había guardado. Al tirar de las correas cayó sobre su cabeza un kit de juguetes eróticos. Miró hacia abajo, donde un vibrador saltaba como un gusano epiléptico, rodaban dos bolas chinas, un par de esposas patinaba sobre el parqué. Pero lo que más la asombró estaba escondido al fondo y, entre una nube polvorienta, tardó en rebotar sobre su cabeza: era un par de zapatos rojos.

¿Un par de zapatos rojos?

Sí señor, un par de zapatos rojos.

¿Qué hacía ahí?

Se sentó en el suelo y se los calzó. Le quedaban grandes, pero no tanto como para pensar que eran un disfraz de su marido. Estaban hechos de satén, tacones con pedrería. Ni nuevos, ni viejos. Preciosos, pensó y, como si le quemaran, los devolvió a su escondite.

Preparó la cena y se dispuso a esperar a Fernando. Finalizaba la primavera, hacía calor.

Liz y Fernando se habían conocido en un bar de Madrid, cuando ella pretendía mejorar su castellano y pasar un tiempo lejos de la familia. Se sintieron tan atraídos que, una semana más tarde, al despedirse en el aeropuerto, acordaron seguir con la relación. Así empezó un romance virtual en el que él le hablaba de su vida en Burgos e izaba frente a la pantalla cientos de imágenes. El colegio de los curas, su primer trabajo, el interés por las aguas embotelladas, los envases creativos. Lo que había cenado. Lo que desayunaría mañana. A Liz le hubiera gustado un poco más de misterio, alguna grieta en la relación transparente que él desplegaba, un poco de imaginación, pero la enternecía ese entusiasmo de mascota.

¿Imaginación, Fernando?

¿Zapatos rojos?

No lo había visto cambiar ni el modelo de gafas, era tan previsible como el agua estancada.

¿De dónde habían salido esos zapatos?

Fernando llegó acalorado, mientras se arrancaba la corbata describió minuciosamente su día en la oficina, encendió el televisor. No había logrado que los restaurantes de la cadena X aceptaran sus aguas de lujo con oxígeno, estaba tan molesto que Liz valoró si era oportuno montarle una escena. La gata, que había permanecido toda la tarde estudiando la rutina de los gorriones, se metió bajo la cómoda e hizo rodar una bola china. En lugar de tirársela por la cabeza, Liz la escondió en el bolsillo.

Esa noche, al ver a Fernando embutirse el pijama y plegar las gafas sobre la mesilla, pensó que su madre aún lo teledirigía desde Burgos. Lo curioso vino cuando apagaron la luz y ella, con lo baja que tenía últimamente la libido, resucitó.

Por la mañana encontró una nota: «Vuelvo el martes», decía, y pensó que, además de completar las citas de un capítulo de su tesis, podría bajar a la zapatería, donde confeccionaban calzado artesanal para bailarinas de flamenco.

Dedicó la mañana a reflexionar en uno de esos bares de diseño que brotaban por el barrio. Vio pasar a un grupo de turistas (cómo se diría, ¿bandada, manada, cardumen, rebaño, jauría?) montados en sus *segway*. Cascos amarillos, sonrisas bobaliconas, mochilita con emblema corporativo. En las mesas, otros norteamericanos sorbían zumos vegetales, se sumergían en sus pantallas e intercambiaban un estilo descuidado y costoso. Pidió más café e hizo una lista con sus sentimientos. Los tachó uno a uno hasta que, en medio de la página, navegó, solitaria, la cuestión principal:

¿Estoy celosa?

Liz y Fernando eran una pareja abierta, lo suficiente como para permitirse algún descarrío, pero le resultaba imposible imaginar a Fernando con una relación clandestina. En cambio ella era difícil de impresionar con el sexo. Sus padres habían sido *swingers*, algo bastante corriente en la Arkansas de los setenta, estaba acostumbrada a las playas nudistas, los veranos cansinos en Cap d'Agde, las miradas en las que asomaba el deseo de un ama de casa que, completamente desnuda, arrastraba un carrito de la compra. Podía adivinar cómo era el cuerpo de cualquier persona vestida, y podía adivinar cómo quedaría vestida una persona desnuda, pero la verdad era que nunca le había

gustado ese intercambio permisivo y puritano, esa especie de reunión parroquial en la que los feligreses transitaban en pelotas y copulaban con la ansiosa candidez de una pareja de hámsters.

Es decir: los juguetes eróticos, vaya y pase, pero ¿y los zapatos?

Decidió dar un paseo. Un grupo rodeaba a un actor vestido de don Quijote. Liz escuchó que decía «Pokémon», «telediario y gominola» y, señalando el bar de González: «*wine and dishes*». Empuñaban una botellita de agua. Sí, Fernando tenía razón, terminaría forrándose. Cerca del mediodía volvió a su tesis, eran casi las cuatro cuando sonó el móvil:

—¿Diga?

Había alguien del otro lado, se oía su respiración. Si ese alguien era la dueña de los tacones rojos, en este momento no estaba con Fernando. Bajó los zapatos y se los calzó. Le costaba caminar, pero cuando volvió a sentarse frente al ordenador, vio que las frases manaban con una facilidad pasmosa. ¿Zapatos mágicos? ¿Como los de *El mago de Oz*?

Antes de acostarse, el teléfono volvió a vibrar. Era Fernando, para avisarle que estaría fuera un día más. Antes de cortar, le dio la impresión de que se oía la risita de una mujer.

Durmió mal y se levantó pensando en sus padres, en la norma sagrada de los *swingers*, que prohibía todo tipo de acercamiento sentimental con las parejas ocasionales. Después del desayuno bajó a tirar en el contenedor los juguetes eróticos. Cuando se vio con el vibrador bamboleándose entre las manos, le dio un sacudón de risa. Se quedó con los zapatos. Tenía que avanzar con la tesis.